TRIGÉSIMO PRIMER DOMINGO durante el año.
31 de octubre de 1999.
Mateo 23, 1-12.

No soportarán la buena doctrina. Las enseñanzas de Jesús son de una transparencia que golpea. Son sus mejores aprendices quienes las reciben sin prejuicios, con corazón pobre y disposición de reconocer toda su verdad. No es común esta disposición. Se ha filtrado, en la voluntad de la mayoría, un virus que impide la posibilidad de soportarlas. Ya San Pablo lo decía: "*Porque llegará el tiempo en que los hombres no soportarán más la buena doctrina*..." [1]Hay que revertir esta situación dolorosa, que tiende a ser endémica en el seno de nuestra comunidad cristiana. Una *buena doctrina* incluye el buen comportamiento que le corresponde. De otra manera resultaría "discurso hueco", que no convence a nadie, y que envejece en el montón de papeles impresos. En este texto, tan preciso y descarnado, Jesús denuncia la caducidad de un magisterio incapaz de alentar la auténtica obediencia a la Ley. Los maestros de su tiempo, escribas y fariseos, personifican la incoherencia y la deshonestidad. Cuando exige que se relativicen los términos no desautoriza a la paternidad y al magisterio entre los hombres; señala dónde está su legítima fuente: el Padre celestial y el Mesías: *"En cuanto a ustedes, no se hagan llamar "maestro", porque no tienen más que un Maestro y todos ustedes son hermanos. A*

[1] 2 Timoteo 4, 3.

nadie en el mundo llamen "padre", porque no tienen sino uno, el Padre celestial. No se dejen llamar tampoco "doctores", porque sólo tienen un Doctor, que es el Mesías".[2]

Identidad entre lo que dice y es. Los "padres" personifican al Padre, en el ámbito eclesiástico y familiar; los "maestros", sobre todo si están animados por la fe cristiana, personifican al Maestro divino, en la Iglesia y en la sociedad. El estilo de ser "padre", que Jesús promueve desde su devoción conmovedora al Padre Dios, es el ideal de la responsabilidad paterno-materna de todos los hombres. En otras ocasiones, y largamente, me he referido a ese tema central de la revelación evangélica. En esta ocasión, sin abandonar el tema de la paternidad de Dios, el mismo Señor asume el de su inconfundible Magisterio. Lo hace dejando al descubierto la contradicción en que incurren los escribas y fariseos, de quienes no niega la autenticidad de la enseñanza, más bien condena el testimonio negativo de su comportamiento: "*Los escribas y fariseos ocupan la cátedra de Moisés; ustedes hagan y cumplan todo lo que ellos les digan, pero no se guíen por sus obras, porque no hacen lo que dicen*".[3] Jesús es el modelo del maestro, por ello es único e insuperable. En Él se produce una verdadera identidad entre lo que dice y es; entre lo que enseña y lo que hace. De esta manera se pone al frente de toda práctica de la

[2] Mateo 23, 8-10.
[3] Mateo 23, 2-3.

verdad. La honestidad expresada en sus actos no muestra impureza alguna, ni fisuras. ¡Qué mensaje de alto contenido para quienes, aún sin pretenderlo, hacen docencia con su comportamiento público y privado! Conforme a la responsabilidad que le cabe, todo ciudadano es un docente: los padres para sus hijos, los gobernantes para sus gobernados, los artistas, los escritores, los periodistas, los legisladores, los profesionales en las distintas áreas del servicio que les corresponde en la sociedad; y de manera particularmente exigente, los sacerdotes y quienes se dedican a la educación.

Pueblo que quiere ser respetado. La historia es testigo de que los hombres no luchan tanto por intereses particulares cuanto por valores fundamentales. Menos aún por bienes materiales, aunque sean necesarios para acceder a la satisfacción legítima de los derechos propios. Se ha visto optar por la pobreza en obsequio de la libertad, de la dignidad y del amor auténtico. Lo que ha ocurrido en Corrientes trasciende el hecho, ciertamente injusto, de los sueldos adeudados. Se ha producido un despertar saludable que, actualmente, despliega una perspectiva social y espiritual, a la que todos deberán adecuarse en el futuro, particularmente los políticos. Este pueblo quiere participar, reclama ser respetado en sus legítimas exigencias, se dispone a reflexionar lo que anhela y espera de quienes deban servirlo: proyectos políticos, económicos y sociales que lo interpreten con fidelidad. Reclamamos un cambio:

que los "escribas y fariseos" contemporáneos, cualquiera sea el campo en el que se encuentren, se transformen en auténticos maestros. Para ello se les ofrece, especialmente en países parejos en su fe cristiana, a Quien es origen y modelo de toda auténtica docencia: Jesucristo. Habrá que conformarse con su fisonomía moral. La experiencia proporciona un cuadro oscuro de la diligencia que, inevitablemente, se proyecta en el comportamiento ético y espiritual de la sociedad. La docencia tiene resultados lógicos. La sabiduría popular ha creado formulaciones precisas: "de tal palo, tal astilla"; "como el maestro así el discípulo".

Reclamo popular. En algún lugar, de estas ya numerosas alocuciones evangélicas, he expresado el pedido popular, tal vez tímidamente formulado, de mujeres y hombres buenos para el servicio del bien común. Los valores morales son prioritarios e incluyen, necesariamente, la capacitación profesional para un adecuado desempeño de los diversos servicios a la comunidad. Es responsabilidad de los actuales dirigentes la formación de los futuros. Es preciso mejorar la "estirpe". Que se multipliquen los hombres y mujeres *honestos, veraces, abnegados, respetuosos del pensamiento y creencia de sus conciudadanos, incapaces de la mínima corrupción y custodios insobornables del bien económico, cultural y espiritual del pueblo*. Podríamos acrecentar la nómina de virtudes y no lograríamos cerrarla. Pienso, desde la Iglesia

Católica, en la responsabilidad que nos cabe en la promoción y formación de esos seres. La acción evangelizadora posee una orientación educativa que es prioritaria. La gracia que Jesús dispensa, por su Espíritu, en la actividad temporal de su Iglesia, recupera eficazmente al hombre que Dios ha diseñado desde siempre. Al ser la realización perfecta de ese proyecto, Jesús logra formularlo en una enseñanza precisa. Es el Maestro que enseña a los hombres la ciencia de ser verdaderos "hombres".

La ciencia de ser hombre. Ciencia que requiere más esfuerzo moral que intelectual, más confianza en Dios que inútil disquisición académica. Si repasamos la historia, sobre todo a partir de la experiencia del misterio cristiano, hallaremos a los grandes prácticos de esa ciencia necesaria. Son los santos y quienes, aún no siendo cristianos, la han practicado heroicamente. Hace una semana fue absuelto, de una injusta acusación de confabulación con la mafia palermitana, un gran estadista de profesión católica, el Dr. Julio Andreotti. La sociedad italiana lo está rehabilitando, después de seis años de dura y múltiple acusación, desvirtuada recientemente por la sentencia judicial. Se ha producido una conmoción social que, ahora, lo proyecta al universo de los próceres. En estos momentos se está consumiendo una enorme cantidad de papel y tinta en el acontecimiento que generó la insólita persecución. La ciencia de ser hombres cabales, como lo

veníamos diciendo, atrae inevitablemente incomprensiones y persecuciones.